

EN LOS OJOS DE MI ABUELA

BENJAMIN ALFREDO CELIS DIAZ

CIUDADANOS

Otra tarde calurosa en la plaza de armas. Mi suerte me había dejado cargando las compras, y extenuado, nos detuvimos junto a la pileta. Mi abuela sonrió y comenzó a deshilvanar recuerdos de su juventud, como quien abre un cofre guardado en el corazón.

Me habló de la primera vez que vio la parroquia, convencida de que era el edificio más grande del mundo, pues nunca había salido del campo. Contó de los huasos que coqueteaban con las doncellas y de mi abuelo, aquel joven galante que, después de una función de cine rotativo, se armó de valor y la invitó a salir ofreciéndole una rosa.

Señaló el rincón donde mi padre, siendo niño, compartía sus cabritas con las palomas, arrancando risas y gritos a su hermana. También recordó, entre carcajadas, cuando yo preguntaba ansioso cuándo desfilaría en la banda, y ella me calmaba diciendo: “Primero aprende a caminar”.

La tarde avanzaba y el pasado se volvía presente. Le pregunté si lo extrañaba. Ella sonrió:

No. La plaza vive en nuestros recuerdos, y crecerá en los que vengan después.